

costumbres son otras, porque nuestra raza no es la misma.

—Mister Simpson—dijo Elvira levantándose de su asiento—yo lo amo a usted como un amigo, sea usted mi buen amigo como lo es de mi padre, pero no me pida que sea su esposa porque no sería usted feliz. Luego, dirigiéndose hacia una maceta que ostentaba bellísimas flores, cortó una, y acercándose al señor Simpson la prendió en el hojal de su saco, y como si fuera aún una pequeña, sentóse sobre las rodillas del inglés a la vez que poniendo su mano sobre la calva cabeza de éste, acercó sus labios hasta tocar con ellos su frente y depositó en ella un beso. Luego poniéndose de pié, le dijo: señor Simpson, reciba usted ese beso como la prueba más pura de la amistad que le ofrezco.

El inglés con aquella gravedad tan peculiar en él, sin inmutarse ni demostrar la más leve emoción, respondió a la niña:

—Tienes razón. Yo también seré tu amigo; y como una prueba de mi amistad, recibe este obsequio—y sacando del bolsillo de su chaleco un pequeño paquetito lo desenvolvió y puso en manos de la jóven un riquísimo y precioso guardapelo. Luego dirigiéndose Elvira a su padre:—No te preocupes papá, tu hija, aunque no sea propio que yo lo diga, ha heredado algo de tu inteligencia, nada temas, porque el hombre a quien dé mi mano y entregue mi corazón, ha de ser digno de mí, y no será, no, un

aventurero, un cazador de fortunas.

—Basta, más tarde hablaremos—contestó el padre de Elvira.

CAPITULO DECIMO SEGUNDO

LA PRIMERA CITA.

Dos días después Elvira había vuelto a encerrarse en su alcoba. Reflexionó de nuevo sobre lo que tendría que hacer y resolvió al fin escribir a Marcelino con objeto de participarle lo que había pasado, prevenirlo además, por si su padre llegaba a tener—como ella lo temía—la anunciada entrevista con él, y darle al mismo tiempo una cita para el día siguiente a las nueve de la noche, la cual tendría lugar a la entrada del chalet.

Marcelino, que no pensaba sino en volver a ver a su Elvira, y que llegase el domingo, para ver de encontrarla en algún paseo, pues que no teniendo ningunos medios para averiguar a qué parte tendría pensado ir y no encontrándose Carlos en la casa, por haber tenido que partir para la ciudad de Monterrey con alguna comisión que el jefe le confiara, desde luego había desechado el proyecto que antes formó para preguntarlo a Gabriela.

Tranquilo se hallaba el jóven, sumido en sus meditaciones o por mejor decir en sus ensueños, cuando llegó el cartero y puso en

su mano un billete que iba dirigido a su nombre. Era una carta de Elvira, que devoró con avidez, aunque no entendió bien lo que ella decía. Tuvo necesidad de volver a entregarse a la lectura de la carta y como en ella Elvira le juraba una vez más que no sería de nadie sino de él, pensó el muchacho que si acaso llegaba a tener una entrevista con el padre de la jóven, le diría con toda franqueza que antes que él supiera que amaba a su hija por sus riquezas, estaba dispuesto a sacrificar su felicidad y marcharse para siempre.

Llegada la hora de la cita se acercó Marcelino a la puerta del chalet, y como Elvira aun no llegaba, se puso a pasear por la acera de enfrente. No habrían transcurrido quizá cinco minutos cuando el jóven observó que Elvira había salido hasta la entrada del chalet, y sintiendo que su corazón palpita- ba con extraordinaria violencia, acercóse hasta la reja de hierro de la suntuosa mansión.

—Elvira, vida mía;—dijo Marcelino en voz queda—¿estás bien?

—Sí, amor mío, creí que no vendrías, ya he salido dos veces y no te he visto.

—Dime, Elvira, ángel mío, ¿has pensado en mí?—preguntó el jóven con acento apasionado.

—¿Que si he pensado en tí? ¿Por qué lo dudas, Marcelino?

—Pues yo ni por un solo instante dejo de pensar en tí—dijo el galán—y creo que

ya empiezo a sentirme enfermo de tanta felicidad.

—Marcelino—suspiró la niña.—Te dije que papá se ha enterado de todo, que ya el señor Simpson no volvería a pretender más sea yo su futura esposa, ¿quieres otra prueba más grande de mi amor?

—Yo no dudo, nunca dudaré de tu cariño Elvira idolatrada, sólo Dios sabe cuánto quisiera poseer una gran fortuna para...

—No digas eso—interrumpió la niña—no digas eso, ¿qué tienen que ver las riquezas para los que como tú y yo ciframos nuestra ventura tan sólo en el amor...?

—Elvira, cuando oigo tu voz, cuando oigo esas palabras que acabas de pronunciar dudo si estoy soñando—dijo el jóven al tiempo que reclinaba su ardorosa frente en el hierro de la verja, como para despertar del sueño en que se creía sumido.

—No, no es un sueño—dijo Elvira—toca mi mano, bésala si quieres, alma mía.

—Si tú me lo permites—dijo el doncel—a la vez que respetuosamente depositaba sobre la fina mano de la jóven un candente beso de amor.

—Marcelino—dijo la niña—no es remoto que papá te busque, no te preocupe lo que te diga, él es un hombre de negocios, solamente piensa en el dinero y—agregó—júrame que sea lo que quiera que te diga, no te hará olvidarte de mí. ¿Me lo juras?

—Lo juro—contestó el jóven—con pasión.

—¿Y qué es lo que jura Ud. a mi hija, caballero? Dijo de pronto una voz que salía de la misma dirección del sitio en que se hallaba Elvira, al tiempo que el padre de la jóven pues él era quien hablara—se acercó y sin ceremonia abrió la puerta de la verja.

—Marcelino había dado un paso hacia atrás. Sintió algo así como vergüenza a la vez que sentía hervir su sangre de hispano, ante la idea de ir a ser humillado en presencia de su dama; iba a contestar airado, cuando el padre de Elvira que ya se encontraba fuera de la verja, le dijo:

—Pase usted, caballero, tenemos que hablar,—y agregó, dirigiéndose a su hija: Retírate, Elvira.

—Marcelino avanzó algunos pasos.

—Venga usted, caballero,—dijo el padre de Elvira—siga me usted, aquí podremos hablar, siéntese usted—dijo, señalando un banco rústico que se hallaba semiculto por unos pequeños arbustos.

Sentóse el capitalista e invitando a Marcelino para que tomara asiento, le dijo:

—Ya comprenderá usted, caballero, que como padre de Elvira, con quien por lo visto tiene usted relaciones, estoy en mi perfecto derecho para saber quién es la persona a la que mi hija concede entrevistas en lugares y a horas que no son por cierto las más convenientes. Decía, pues,—continuó el caballero—que deseo tener algunos informes que nadie mejor que usted, podrá proporcionarme. ¿Creé usted que tengo de-

recho a interrogarle?

—Sí señor.—contestó Marcelino, respetuosamente.

—Bien, ¿quiere usted decirme su nombre?

—Marcelino Gutiérrez—contestó el interpelado—agregando: «servidor de usted.»

—Quisiera, dijo el padre de la jóven, que me dijera usted algo sobre su familia, su vida, sus antecedentes y....

—No hay inconveniente—interrumpió el jóven,—y agregó: Me llamo Marcelino Gutiérrez, soy español, originario de Santander. Mi padre, que falleció hace poco más de un año, fué marinero desde su juventud, y como no tuve la dicha de conocer casi a mi madre, pues falleció cuando yo era un chiquillo de seis años, viví, conforme a los deseos de mi padre, que con motivo de sus viajes se hallaba siempre ausente, al lado de algunos parientes lejanos hasta la edad de quince años, edad en que comencé a trabajar en casa de los señores A. Martín y Cía. de la Habana, lugar a donde me trajo mi padre, viendo que no quería yo seguir carrera literaria, pues sus intenciones eran enviarme a alguna escuela preparatoria para pasar más tarde a Salamanca.

Trabajé en casa de los señores Martín y Cía., por espacio de cuatro años, y hace seis años que trabajo en este puerto al cual fuí llamado por orden de mi padre quien consiguió colocarme en la casa de los señores R. R. y Cía. Eso es todo lo que puedo decir

a usted, respecto de mi familia, de mí y de mis antecedentes, y sólo agregaré que no poseo ningunos bienes de fortuna, pues no creo que pudiera darse tal nombre a algunas economías obtenidas con mi trabajo y a una pequeñísima propiedad que heredé de mi padre, me refiero a la casita donde por muy pocos años vivió feliz con mi madre y conmigo, y la cual hace muy poco que había adquirido más bien como un cariñoso recuerdo a los seres que amaba que por lo que en sí pueda valer dicha propiedad.

Había tal acento de verdad en todo lo que había dicho Marcelino, y de tristeza al recordar de su padre, que el potentado no pudo menos que convencerse de que aquel a quien tenía delante, era un hijo, de quien siempre se hubiera enorgullecido el padre, si hubiera vivido lo bastante para verlo hecho ya un hombre.

—Basta con eso,—dijo el caballero—solamente desearía saber que planes ha formado Ud. para el porvenir.

—Trabajar únicamente—contestó el joven—conducirme como hasta aquí.

—Basta!—No deseo saber más—dijo el capitalista—y agregó en tono reposado y con mucha gravedad.

—Voy a permitirme hacer a Ud. una advertencia:

—Nada me causará mayor disgusto que vera Ud. rondando mi casa. Yo, ni lo autorizo ni le prohibo que ame o no a mi hija; haga Ud. de cuenta que yo no sé nada.

que nunca hemos hablado Ud. ni yo, y que siendo yo para Ud. solamente un desconocido, no tiene Ud. ningún motivo ni razón para que por su falta de prudencia llegue a andar mi nombre en boca del vecindario, Ud. es joven y más lo es todavía mi hija Elvira. No tengo nada que agregar—dijo el padre de la joven—en ademán de dejar su asiento.

—Permítame Ud. decir solamente una palabra—dijo Marcelino—“Yo amo a su hija con toda mi alma, y solamente siento no ser un millonario para poner a sus pies cuanto poseyese. No creo poder improvisar una fortuna en un término relativamente corto, pero si para conseguir que Elvira llegara a ser mía fuera necesario esperar toda mi vida, esperaré con gusto, si estoy acostumbrado a amarla en silencio ¿qué me puede importar que se me prohíba hablarla, escribirla y hasta verla?”

—Bien—replicó el caballero—hemos concluído, puede Ud. retirarse, y señalando el camino a Marcelino, se dirigían hacia la verja, cuando Elvira, que había estado oculta escuchando la conversación, pues no había tenido fuerza para obedecer el mandato de su padre que la había ordenado se retirara, interponiéndose entre ellos, dijo a Marcelino con un acento de firmeza e incommovible convicción:

“Delante de mi padre te juro que te amo con toda el alma y que si no he de ser tuya, jamás lo seré de nadie! Convengo en

que cumplas los deseos de mi padre privándote de verme, pero en cuanto a escribirme, puedes hacerlo cuando quieras, que yo, por mi parte, te escribiré si es posible diariamente. Y le tendió la mano.

—Marcelino, tomó entre la suya la finísima mano de su amada e inclinándose con respeto ante el padre de Elvira, sin murmurar palabra alguna como despedida, desapareció cerrando tras sí la verja.

CAPITULO DECIMO TERCERO.

MIRANDO AL PORVENIR.

Dos meses habían transcurrido. Carlos, que comenzaba ya a tornarse en un hombre serio, con asombro de sus compañeros y más todavía de Don Víctor, rehuía toda clase de discusiones y disputas a las cuales había sido antes tan afecto. Convino luego en asociarse con su futuro suegro el señor Villarreal para establecer una casa de comisiones sobre la cual dicho señor, había venido pensando muy seriamente desde hacía tiempo, y para lo cual debería contar con un socio ya que por sus múltiples ocupaciones sólo podría encargarse él de llevar la contabilidad del negocio.

Una noche regresaba Carlos de visitar a Gabriela, y como quiera que el señor Villarreal se encontraba siempre presente du-

rante las antrevistas, y que ya empezaba a amar al muchacho, quien por su carácter festivo siempre se conquistaba las simpatías de todo el mundo aún la de las personas más graves y serias, tratando sobre el particular, dijo de pronto al tenedor de libros:

¡Rediez! Pero si eso es la cosa más sencilla del mundo, el socio que usted necesita lo puedo ser yo, salvo que se necesite invertir una cantidad fabulosa, entonces..... pero si.....

—No se necesita capital, sino crédito, dijo el tenedor de libros y ese ya me ha sido ofrecido. Resultando, pues, que ya se habían dado los pasos indispensables al pronto arreglo del establecimiento de la sociedad mercantil, el muchacho pensó que iba a dejar de ser empleado para transformarse en jefe, y por lo mismo no le convenía gastar el tiempo en bromas y discusiones inútiles con sus compañeros.

Manolo, que era uno de los más afectos a disputar con Carlos, observando que éste aparentaba no hacer caso de sus bromas, una vez que Carlos se hallaba sumamente atareado en le arreglo de algunos casilleros, le dijo: oye tú, mozalveté, y qué mosca te ha picado que ya no hablas con nosotros, ¿eh?

—Bajóse el chico de la escalera donde se había subido para alcanzar a las últimas gavetas, y aparentando la mayor seriedad dijo: —señor Don Manuel: ruego a usted se sirva no volver a tutearme, estoy próxi-